

A photograph of a couple walking away from the camera on a wet, reflective street at night. The scene is shrouded in a thick, golden-brown fog or mist. In the background, several out-of-focus streetlights create a bokeh effect. The couple's figures are silhouetted against the light, and their reflections are visible on the wet pavement. The overall mood is mysterious and atmospheric.

Jordi
Sierra i Fabra
La conjura
de Herat

Serie Magda Ventura

Mientras investiga la implicación de un laboratorio farmacéutico en la muerte de un joven, Magda Ventura recibe una inquietante noticia: el soldado que sobrevivió junto a ella en el atentado talibán de Herat ha asesinado a uno de los oficiales que estaban entonces en la base española. Intuyendo que tras el incidente se esconde algo más, Magda viaja hasta la cárcel de Málaga para entrevistarse con ella. Lo que le cuenta el exsoldado abre de nuevo las heridas y la hace enfrentarse a los fantasmas del pasado.

Jugándose de nuevo la vida en su trabajo como periodista de investigación, sin olvidar el misterio de la muerte del joven cobaya de la farmacéutica, Magda descubrirá una oscura trama nacida en Herat y consolidada en la actualidad como una de las redes de tráfico de drogas más poderosas del mundo.

Si en *La conspiración del coltán* cambió la historia de un país africano al borde de un golpe de Estado mientras resolvía el asesinato de una prostituta de lujo, en *La conjura de Herat* Magda deberá explorarse a sí misma para comprender por qué sigue viva.

Índice

Viernes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Sábado

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Domingo

19

20

21

22

23

24

25

26

Lunes

27

28

29

Martes

30

31

32

33

34

Miércoles

35

36

37

38

39

40

41

Jueves

42

43

Viernes

44

Agradecimientos

Sobre el autor

VIERNES

1

Siempre había creído que las empresas dedicadas a la investigación, las farmacéuticas o los laboratorios, tenían su sede en lugares recónditos, más o menos resguardados o seguros, en polígonos industriales o dentro de complejos mucho más grandes, para protegerse, por ejemplo, de la piratería, como si de búnkeres se tratara. Y ahora descubría que no. Al menos no allí. Pensó que a lo mejor era porque Mira i Roca no parecía una multinacional, sino una empresa pequeña. Potente, pero pequeña. Al otro lado del ventanal se veía la zona ajardinada del parque, formado por apenas tres edificios, y más allá de ella, la parte superior de Collserola, junto a la cumbre del Tibidabo, con sus bosques dominando el cielo por encima de Barcelona.

El silencio era agradable.

También el día: inmaculado, sin nubes. Un día cálido, pero no caluroso en la recta final del verano.

Magda pasó una mano por la mesa. Tacto suave. Todo muy funcional.

Siguió sin sentarse. Se acercó a la pared de la derecha para ver las fotos: imágenes impersonales, pero que reflejaban de forma directa el lugar en el que se encontraba. Hombres y mujeres impolutos, con mascarillas de protección, guantes de goma, batas y gorritos, manejando aparatos y más aparatos, desde las eternas pipetas y probetas de toda la vida hasta sofisticados equipos de última generación guiados por sistemas informáticos.

Había media docena de fotos de los laboratorios, tomadas desde distintos ángulos, a cuál más nítida y precisa. La sensación era única: trabajo, eficiencia, resultados.

En la otra pared, en cambio, las fotografías eran exteriores: el logotipo de Mira i Roca en la amplia entrada, algunos despachos, imágenes aéreas del complejo...

Volvía a acercarse al ventanal cuando se abrió la puerta de la sala. Fue como si un pequeño vendaval irrumpiera en aquella calma. El hombre, de estatura media, elegante, con una bata blanca sin abrochar por encima del impecable traje, sonrió con extrema generosidad al verla.

—¡Perdone la demora! —le dijo envolviendo las tres palabras en una sonrisa abierta—. Una llamada inesperada.

—No se preocupe.

Se dieron la mano. El apretón fue firme. Magda pensaba que se encontraría con alguien mayor, de al menos cincuenta años, con aire de científico. Pero no. Rosendo Pedragrosa rondaría los treinta y cinco y parecía más un ejecutivo de una empresa bursátil que el responsable de un laboratorio farmacéutico. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y lucía un buen bronceado estival que hacía parecer todavía más blancos sus dientes. Los ojos vivos, intensos, le daban un punto de atractivo salvaje, pero solo un punto. Bastaban cinco segundos para que la atracción se convirtiera en prevención. Incluso rechazo.

También las serpientes eran bellas. Lo importante era no estar demasiado cerca de una.

—¡Es un placer, señora Ventura!

—Gracias.

—¿Está cómoda aquí? ¿O prefiere hablar en mi despacho?

—No, no, aquí está bien.

—¿Le han ofrecido algo de beber, agua, un café?

—He desayunado antes de venir. Estoy bien, gracias.

—Perfecto, entonces... ¿Quiere sentarse?

Le obedeció y ocupó la silla situada en un extremo de la mesa, dejando la más próxima a su derecha, en ángulo recto, para él. Cuando alargó la mano para coger el bolso le preguntó:

–¿Le importa que grabe nuestra conversación?

–No, por supuesto. –Rosendo Pedragrosa levantó las dos manos con las palmas de cara a ella–. Imagino que es más cómodo para usted.

–Implica más trabajo, pero sí, y también resulta más preciso.

–Yo hablo muy rápido. No es fácil seguirme –le explicó–. En más de una entrevista tomada a mano el periodista ha tenido problemas luego para interpretar su propia letra.

Magda colocó el móvil entre los dos. Lo tenía cargado al máximo. Pulsó despreocupadamente el botón de inicio del programa de grabación. En la pantallita, los segundos empezaron a correr en el contador. Pese a ello, no se precipitó en hacer la primera pregunta. En una entrevista, la parte principal podía ser la hablada, pero también estaba la visual, la gestual, la que marcaba el ritmo de las preguntas y el tono de las respuestas. La calma solía acabar impregnando a los entrevistados, les hacía sentirse cómodos y seguros, como si ellos dominaran la escenografía.

Y no era así.

El tempo lo marcaba ella.

–En primer lugar, quiero darle las gracias por atenderme.

–Estoy un poco sorprendido, la verdad. Pero siempre es interesante. Cuando me dijo el sentido de su reportaje... ¿Puedo preguntarle algo?

–Por supuesto.

–¿Su interés por este tema viene de lejos, es reciente...?

–Siempre había oído hablar de él, no es algo nuevo. Pero hace unos días, en la farmacia, oí que la farmacéutica le decía a una mujer algo así como que el producto que le vendía era nuevo, recién salido al mercado. Entonces imaginé que para que un producto llegue al punto de venta, y más tratándose de uno relacionado con la salud, debía de

pasar un sinfín de controles, y previamente, de ensayos. Ensayos en los que participaban primero ratones tal vez, pero que luego, al final, debían probarse sí o sí en humanos.

–Y se le encendió la bombillita.

–Digámoslo así.

–¿Por qué nos escogió a nosotros?

Magda se encogió de hombros fingiendo indiferencia. Buscó una respuesta razonable, casual y pausada.

A veces se repetía a sí misma que el mundo del espectáculo había perdido a una buena actriz.

–Podría responderle «¿por qué no?». Pero la verdad es que pensé que sería mucho más complicado llegar hasta una multinacional. Suelen ser entes gigantescos. Ustedes son conocidos, tienen una larga tradición, están en Barcelona... Eso fue todo. Mi única intención es hablarle a la gente de un tema que, probablemente, no conozca, y aún menos en profundidad. Pienso que es un mundo sorprendente, que está ahí, pero que la mayoría de las personas ignora.

–Opino lo mismo. Y es bueno que el público sepa que, detrás de cada remedio, de cada compuesto que les ayuda en su salud, no solo hay años y años de investigación, sino también el esfuerzo personal y la entrega de muchos seres anónimos. Las personas que se someten a pruebas y ensayos por supuesto cobran, pero la mayoría no lo toman como una forma de ganar dinero, que tampoco es tanto si miramos el esfuerzo y los riesgos que corren. Hablamos de una simple compensación por su tiempo. Muchos son verdaderos altruistas, estudiantes de Medicina o, incluso, gente que ha perdido a un familiar enfermo y siente que tiene una deuda, un compromiso con la vida. Bueno, no quiero adelantarme a sus preguntas.

–No, no, está bien. Podemos comenzar por ahí. La tipología de hombres y mujeres que aceptan ser conejillos

de Indias para el avance de la medicina y el progreso de la ciencia en general.

–Mayoritariamente, como acabo de decirle, son estudiantes de Medicina que se toman esto como una práctica más. Remunerada, insisto, pero una práctica al fin y al cabo. Por supuesto hay que separar a los dos grupos: los enfermos que se someten a los ensayos y los sanos, que creo que es el grupo que a usted más le interesa. –Hizo una pequeña pausa–. Han de ser mayores de edad y estar bien de salud, eso es todo. Naturalmente no admitiríamos a un anciano.

–¿Cuál es el proceso?

–Semanas antes de las pruebas, los interesados participan en una reunión en la que se les informa de todo, se les avisa de los posibles riesgos y se les previene seriamente de las consecuencias. Son voluntarios, nadie les obliga, así que han de conocer bien el terreno que pisan. Un terreno movedizo, claro, porque por eso son ensayos. No hay nada seguro al cien por cien. Una vez se les escoge para una determinada prueba, hay otra sesión para hablar del medicamento concreto que se les administrará.

–¿Hay distintas fases?

–Sí. La primera tiene un riesgo bajo. Se trata de voluntarios sanos sometidos a tratamientos experimentales. Hay ensayos encaminados a desarrollar nuevos fármacos y otros dedicados a estudiar algunos ya existentes que, con el paso del tiempo, pueden haber quedado desfasados, hasta el punto de no cumplir la función para la que fueron creados o porque las enfermedades ya se han hecho resistentes a ellos. Tres de cada cuatro medicamentos son genéricos. Si no hay pacientes de por medio, lo que se busca es demostrar la efectividad del medicamento en comparación con otros de su mismo estrato. Un ejemplo: el paracetamol. Es de lo más habitual, pero se sigue investigando para comprobar su absorción, mejorar su eficacia...

–¿Los voluntarios están desamparados en caso de que suceda algo anómalo?

–No. Están protegidos por la ley. Los centros médicos, en los que los trabajos mayoritariamente están dirigidos por multinacionales, siguen a rajatabla la normativa.

–¿Cuántos ensayos clínicos puede haber en España en un año?

–Varía, pero el número puede estar entre los ochocientos y los mil. La media europea bajó a mediados de la década y se recuperó con la pandemia de 2020, pero hay que tener en cuenta la demografía. Holanda, con una población pequeña en comparación con la nuestra, hace los mismos experimentos que nosotros. ¿Ha oído hablar del Big Pharma?

–No.

–El término no nos gusta demasiado porque induce a error, preferimos comentar que colaboramos entre empresas intercambiando información. En 2014 se aprobó un reglamento europeo para incentivar los ensayos clínicos y conseguir que las grandes multinacionales desarrollen sus estudios en Europa.

–Entiendo que en la investigación no hay fondos públicos.

–Existen, pero no nos engañemos, son mínimos. La Agencia de Medicamentos constata cada año el descenso de la investigación surgida de universidades o sociedades científicas. Son las multinacionales de la industria farmacéutica las que lo mueven casi todo. Tres cuartas partes de lo que se hace surgen de iniciativas privadas, que es donde está el dinero.

–¿Y la rivalidad? Debe de haber grandes guerras para conseguir determinados fármacos.

–En efecto. –Asintió con la cabeza con pesar–. Hay auténticas guerras por las patentes. Hablamos de millones y más millones de euros o de dólares. El espionaje industrial está a la orden del día y eso hace que las empresas se

gasten muchísimo en protección. No solo de lo que inventan o desarrollan, sino también en blindar a sus empleados.

–La famosa confidencialidad.

–Eso y que no cambien de empresa por dinero y se lleven sus secretos con ellos. Como le digo, el negocio farmacéutico es desde hace años una de las industrias más potentes del mundo. Su crecimiento es enorme, un veinte por ciento el último año, lo cual equivale a casi novecientos mil millones de euros.

–Volvamos a los voluntarios. ¿Cuánto cobran por un experimento?

–La media es de unos quinientos o seiscientos euros.

–Me parece poco.

Rosendo Pedragrosa plegó los labios.

–¿Qué quiere que le diga? –Suspiró.

–Las industrias farmacéuticas ganan millones.

–Es un precio justo para el trabajo que se hace, créame. También varía el importe según las molestias derivadas del tratamiento y el tiempo destinado a la investigación. Por ejemplo, si han de pasar unas horas hospitalizados.

–¿Se llega a eso?

–Claro. Unos pacientes acuden a diferentes citas y nada más. Otros pueden quedarse entre 24 y 48 horas bajo vigilancia médica, no siempre seguidas en la mayoría de los casos, sino que pueden ser espaciadas. Se tarda mucho en seleccionar a los candidatos, pero por lo general el ensayo dura un par de días.

–¿Cuántos voluntarios se necesitan para cada experimento?

–Varía, no hay un número fijo. Nosotros hemos hecho ensayos hasta con cien voluntarios. A veces basta con veinticinco o treinta.

–¿Hay «profesionales» del tema?

–No. Eso debe evitarse a toda costa. El número máximo que puede acometer una persona al año es de cuatro voluntariados. Hay registros controlados con severidad para evitar la repetición.

–Sea como sea, siempre hay riesgos, ¿no? Es imposible que no haya complicaciones.

–Son mínimas –quiso dejar claro el hombre–. Pero sí, hay un pequeño riesgo para la salud. El conocimiento de los nuevos medicamentos no es exhaustivo, por eso se ensaya con ellos. Lo importante, lo que me gustaría que transmitiera en su artículo, es que sin esos estudios no habría mejoras en la medicina, ni se crearían los medicamentos para las nuevas enfermedades que aparecen día a día. Muchas personas ponen el grito en el cielo asegurando que esto no es ético. Lo mismo que cuando se ensayan cosas con animales, chimpancés, conejos... El día que usted tenga un cáncer, querrá curarse. No le importará si han muerto veinte monos para conseguir esa medicina. Esa es la realidad.

–Ha dicho «las nuevas enfermedades que aparecen día a día».

–Sí.

–¿De verdad son tantas?

–En efecto. ¿Por qué lo pregunta?

–No quisiera ponerme en plan periodista perversa ni que pensara que voy tras un titular escabroso. No es mi caso. Pero me he documentado antes de venir aquí y he encontrado unos datos muy interesantes.

–¿Cuáles? –Frunció el ceño.

–Hablemos de la ansiedad, la depresión, la bipolaridad, cosas que siempre parecen estar de moda en nuestro mundo. –Magda hablaba despacio, como si refrescara la memoria–. La ansiedad fue la enfermedad de la posguerra, años cuarenta y cincuenta. La depresión fue la de los ochenta y noventa. Y ahora, ya en pleno siglo XXI, lo que antes era esquizofrenia ahora se le llama «bipolari-

dad». Si antes existían cincuenta enfermedades diagnosticadas, ahora hay doscientas cincuenta, y todas con sus fármacos respectivos.

–Las farmacéuticas tienen mala prensa y viven en medio de una constante batalla demagógica, pero cuando uno está enfermo, se llame como se llame lo que tiene, quiere curarse. Esa es la única realidad.

–Yo creo que es algo más que eso. A mitad de los años noventa vencieron las patentes de los principales medicamentos antidepresivos que existían. Esos fármacos eran la panacea de las farmacéuticas. Todo el mundo médico sabe que se reunieron para ver qué iban a hacer a partir de entonces y apostaron de lleno por la enfermedad del futuro: la bipolaridad. Del maniacodepresismo se pasó al bipolarismo. De la noche a la mañana las revistas medicas se llenaron de informaciones y artículos sobre el tema, y se le dedicaron congresos por medio mundo. El medio mundo que podía pagar fármacos, claro. La epidemia de depresión que se vivió en los noventa la produjo el uso masivo de tranquilizantes. Los que antes habían sido diagnosticados como ansiosos recibieron entonces un nuevo diagnóstico de depresión. Y, a su vez, ahora estos son los se diagnostica como bipolares.

–¿De dónde ha sacado esos datos?

–Soy periodista.

–Y ha hecho los deberes.

–Un poco.

Rosendo Pedragrosa movió la cabeza con un deje de lástima. Su expresión fue condescendiente, pero irritada.

–Creo que es usted demasiado inteligente para hacer caso de estas cosas.

–¿Acaso lo que le he dicho es falso?

–Digamos que sí y no. Todo depende del lado del que se esté. Mediatizado sí está, desde luego. –Quiso dejar claro este punto–. El mundo se ha vuelto más complejo, señora Ventura. Desde que empezó el siglo XXI vivimos un